

H.G. WELLS

EL PROFETA QUE NO ACERTO EN SUS PROFECIAS

H. G. Wells, uno de los maestros de la ciencia-ficción, del que se cumple el primer centenario de su nacimiento.



por
JUAN ALDEBARAN

Cuando alguno de los primeros hombres que lleguen a la Luna tenga tiempo para ello, depositará en el suelo poroso, polvoriento y estéril que nos han mostrado ya las fotografías soviéticas y americanas un estuche con un «microfilm», en el que se ha fotografiado la primera edición de la novela de H. G. Wells «Los primeros hombres en la Luna». Es la lírica idea que ha tenido en Londres la «Sociedad de amigos de Wells» para conmemorar el centenario de este curioso profeta, que no acertó ninguna de sus profecías —su Luna imaginaria no tiene nada que ver con la Luna que ya conocemos—, y cuya lectura, sin embargo, nos sigue estremeciendo por su fondo de verismo. Porque en todas ellas existe «the shape of things to come», la forma de las cosas por venir —como tituló uno de sus más interesantes libros—, y si la anécdota tal como la anticipaba Wells no ha llegado a coincidir con la de nuestros tiempos, en cambio la idea de que los adelantos científicos podrían llevarnos a la violencia, a la destrucción, a ciertas disgregaciones ideológicas, a la anarquía, si no los sujetaba una fuerte decisión que podemos llamar moral del hombre, es una idea perfectamente de nuestro tiempo. «Comenza-

Orson Welles sembró el pánico en los Estados Unidos con su emisión de «La guerra de los mundos»: los oyentes salieron a la calle creyendo que la Tierra era invadida por seres extraterrestres. Como Verne, Wells asienta su fama en sus obras de anticipación, pero, como el autor francés, hasta cierto punto precursor suyo, planteaba problemas morales debajo de sus ficciones utópicas. Wells vivió una infancia dura en la Inglaterra victoriana. Abandonó el almacén de ferretería donde su familia quería colocarlo y ganó una beca para seguir estudiando. Trabajaba de día, estudiaba de noche. Thomas Huxley, el biólogo, fue su maestro, y también de George Bernard Shaw recibió lecciones que le iniciaron en las doctrinas fablanas, a las que se adhirió y de las que más tarde se separaría. Suspendido en el tercer año de sus estudios, dedicado a la docencia, contrajo una enfermedad pulmonar. En la convalecencia escribió su primera obra, inédita, *Lady Falkland's Companion*, y la primera versión de *The Time Machine*. En 1888, a los veintidós años, está otra vez de profesor y dos años después se gradúa de Zoología en Londres, con sobresaliente. En 1891 casa con su prima. Pasan dos años y enferma de nuevo. La convalecencia le lleva una vez más a la pluma y colabora en *The Saturday Review* y en *The Pall Mall Gazette*; es una literatura por necesidad, para ganarse la vida. Luego viene la ruptura del matrimonio y el casamiento con Amy G. Robbins, de la que tiene dos hijos. Por esta época, Wells, lanzado como escritor, empieza a producir intensamente: *The Island of Dr. Moreau* (1896), *The Invisible Man* (1897), *When the Sleeper Wakes* (1899), *The First Men in the Moon* (1901) y *The Food of the Gods* (1904). Son obras de ciencia-ficción, algunas llevadas más tarde al cine. La vida inglesa de su época le inspira otro grupo: *Love and Mr. Lewisham* (1900), *Kipps* (1905), *Tono Bungay* (1909) y *Mr. Polly*. Menos fama logran las novelas inmediatamente anteriores a la guerra europea: *Ann Veronica* (1909), *The Passionate Friends* (1913) y *The Wife of Sir Isaac Harmon* (1914). Pasada esta etapa, Wells se inclina por una parte por el ensayo y las novelas se resisten a veces de este didactismo. *Outline of History* (1920) y *The Science of Life* (1930) eran muestra de su internacionalismo y su su idea científica del mundo. Su autobiografía, *Experiment in Autobiography* (1934), es modelo de sinceridad. No eran buenos los tiempos de Wells para la profecía científica. La gente se burlaba de Zeppelin. Herman Gaswint, propugnador de máquinas volantes, era llamado pájaro de mal agüero por el ministro alemán de la Guerra. El ruso Kibaltchih, progresista y adelantado de los aviones a reacción, murió fusilado por los zares. El americano Langley, también amigo de las máquinas volantes, fue expulsado del *Smithsonian Institute*. Langley mandó a Wells grabados de sus maquetas. Wells había pronosticado que los hombres volarían. Cuando su hijo lo contó en la escuela, el maestro le increpó: «Amigo mío, ¿acaso su padre es un tonto?».

mos —escribía en su «*Outline of history*», publicada en 1920 y traducida al castellano con el título de «Breve historia del mundo»— a comprender lo que podría ser el mundo, lo que podría llegar a ser nuestra especie, si la humanidad no se encontrase aún en un estado primitivo. Si se dejan los hombres ir a los celos o al miedo, si se embriagan o se abandonan a la cólera, inmediatamente se alumbra en sus pupilas la mirada salvaje del hombre de las cavernas. Tenemos la escritura y la educación, la ciencia y la potencia. Hemos domesticado las fieras y dominado el rayo. Pero todavía avanzamos con un paso titubeante y débil hacia la luz. Hemos domesticado y educado a los animales, pero no hemos aprendido aún a domesticarnos y a educarnos a nosotros mismos».

Hace cien años el mundo podía considerarse como perfecto y admirable, a condición de quien lo observase fuese inglés. Wells nació hace cien años y era inglés. En el mismo año del nacimiento de Wells, Disraeli —un extranjero que se propuso ser inglés como quien hace una carrera; y lo consiguió hasta el punto de llegar a ser primer ministro y pasar a la historia como creador del Imperio— pronunciaba un discurso en la Cámara de los Comunes, en el que decía: «Tenéis una Iglesia antigua, poderosa, ricamente dotada, y perfecta libertad religiosa. Poseéis un or- **SIGUE**



Rudyard Kipling, el poeta del imperio, y Bernard Shaw, el gran dramaturgo, cara y cruz de las amistades de Wells y de sus preferencias ideológicas en su país.

den inquebrantable y completa libertad. Tenéis dominios territoriales tan grandes como los de los romanos, combinados con empresas comerciales inigualadas, como las de Venecia y Cartago unidas. Y debéis recordar que este curioso país, con tan fuertes contrastes, no está gobernado por la fuerza, no está gobernado por ejércitos permanentes; lo rigen una singularísima serie de influencias tradicionales a las que rinden culto las generaciones sucesivas, porque saben que en ellas se encuentran embalsamadas las costumbres, y representadas las leyes». Los horrores y el hambre en que había sido engendrada la revolución industrial comenzaban a disiparse; más bien, se exportaba ese horror, ese hambre, a los territorios conquistados por el Imperio, cuyas riquezas se traían a las islas. Era una raza dominante, segura de sí misma, implacable, la que poblaba aquellas ricas islas. «Cuando, a

las ocho de la mañana, en una estación terminal, veo a las gentes que llegan de las afueras a sus quehaceres diarios, o cuando uno pasea por una calle comercial, llama la atención el número de rostros que expresan esta fría y decidida voluntad. Marchan derechos, con movimientos geométricos, sin mirar a derecha ni izquierda; sin distracción, enteramente absortos en su negocio, como autómatas, cada cual movido por un resorte; anchos y huesudos rostros, tez pálida, frecuentemente lívida o plomiza, la mirada fija, todo en armonía con sus sombreros negros, altos y verticales, y aún con el ancho y fuerte calzado, o incluso con el paraguas, enrollado en su funda y llevado de modo especial; todo demuestra el hombre insensible, muerto a las ideas del placer y de elegancia, sólo preocupado con hacer muchos negocios, bien y rápidamente. A veces se cree entrever las facciones de Pitt: fino rostro, impasi-

ble e imperioso, los ojos claros y ardientes, la mirada que brilla como el fulgor de una espada; el hombre es entonces de mejor molde, pero su voluntad no es sino más incisiva y fuerte. Es hierro transformado en acero» (Hipólito Taine, «Notas sobre Inglaterra»). En ese momento nacían en Inglaterra Rudyard Kipling (30 de diciembre de 1865) y H. G. Wells (21 de septiembre de 1866). Kipling no nació precisamente en Inglaterra, sino en sus Indias: en Bombay, donde sus padres se enriquecían en el ejercicio del poder imperial. Wells nació en un pueblo (Bromley) del condado de Kent, hoy absorbido por Londres, y era hijo de un ferretero pobre. «Kipling y Wells son, evidentemente, ramas divergentes de un mismo árbol», escribe el crítico literario británico V. S. Pritchett. Es posible que la diferencia de sus nacimientos marcara ya esa divergencia. Kipling tenía la soberbia de lo que hoy llamamos un «*piet noir*», y cantó al Imperio, hizo odas a Cecil Rhodes, conquistador comercial de África; Wells fue pobre, tuvo que trabajar como aprendiz en los almacenes para pagarse sus estudios. «Utopista uno, patriota otro, representan los sueños de cada día de la pequeña burguesía, que será luego socialista o bien fascista. De tendencias opuestas, estos escritores tienen los dos visiones de artista. Prevén ciertas fatalidades de nuestra época. Los dos predicen la violencia con una cierta avidez. El hecho bruto les complace, son indiferentes o mal dispuestos con respecto a las relaciones humanas. No comprenden más que la independencia individual que desaparecerá en las relaciones colectivas y gregarias del Estado» (Pritchett).

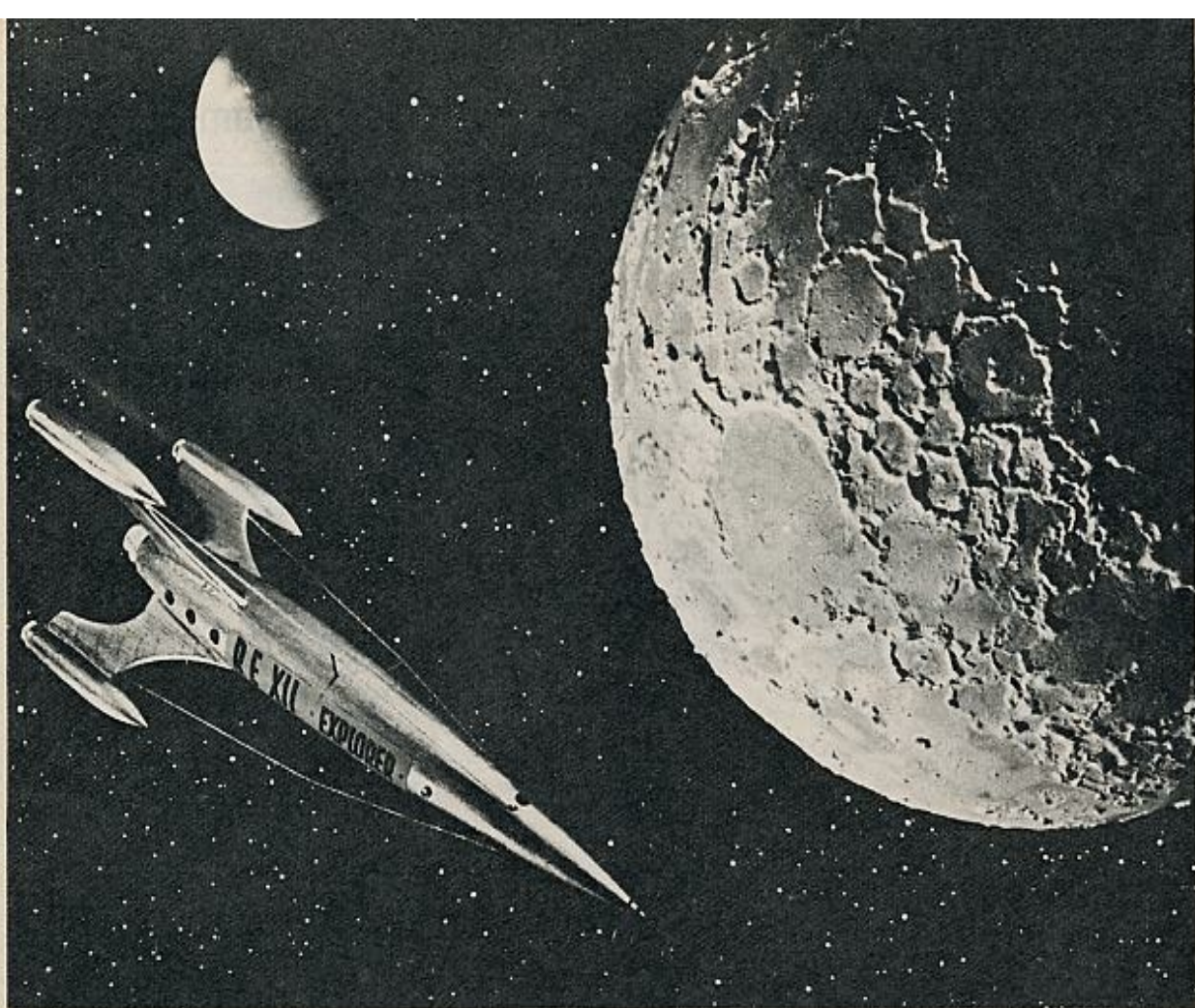
Wells, el pequeño ferretero, tuvo que trabajar de niño, estudiar de noche, pasar algo de hambre

en aquella isla orgullosa y enriquecida. Su ambición era la de ser un hombre de ciencias. Una beca le permitió entrar en el Real Colegio de Ciencias y tuvo como maestro a Thomas Huxley, el abuelo de Aldous y Julian. Como hijo de su tiempo, Wells se encontraba en los albores de una época nueva. Se estaban comenzando a difundir enseñanzas misteriosas. Combatidos o ensalzados, los Darwin, Malthus Godwin; los Marx, los Engels, los Edison, los Galvani —antes— estaban dando una nueva dimensión al mundo y al hombre. La velocidad de la ciencia, de la sociología, de la biología, causaban una especie de terror. De ahí nació una literatura de espanto, como el «*Frankenstein*» de la dulce y lírica Mary Shelley. La ciencia podía crear monstruos...

Al otro lado del canal de la Mancha, Julio Verne llevaba casi veinte años escribiendo cuando Wells comenzaba a leer. Esos veinte años son una escasa separación: puede decirse que los dos maestros de la anticipación escribieron en los albores de una nueva época y de tal modo se apoderaron de su aceleración que quisieron ver más allá de su tiempo. Es poco discutible que Wells tuviera una influencia notable de Verne, como tampoco se puede discutir que Verne la tuviese de dos ingleses, de Swift y de Defoe. Las ficciones utópicas de unos y otros se desarrollan en un mismo plano, y más o menos van a desembocar en cuestiones morales. Pero Jonhatan Swift (1667-1745) y Daniel Defoe (1659-1731) escriben sus aventuras en una época que moría dulcemente, en una era que apenas intuía que la revolución industrial estaba en puertas. Podían relatar sus aventuras con cierta calma, con cierta reflexión filosófica. Verne y Wells, en cambio, escribían en una época de arranque, de origen. En una época donde las ideas establecidas estaban pereciendo a



A la izquierda, una escena de «La isla de las almas perdidas», film inspirado en una novela de Wells. A la derecha, un fotograma de «La vida futura», película igualmente sacada de una obra suya. H. G. Wells fue el profeta que no acertó en ninguna de sus profecías porque, quizá, fue más allá de las posibilidades científicas.



H.G. WELLS

Arriba, una visión fantástica de los viajes interplanetarios, ya no tan improbables. Abajo, Orson Welles, el gran actor y realizador cinematográfico que montó para la televisión americana «La guerra de los mundos», una obra maestra.

raudales, a veces antes de que se inventasen otras para sustituirlas. Con una amplia visión histórica podemos decir que seguimos viviendo todavía ese momento: muchas de las ideas que fueron arponeadas entonces se debaten todavía en la agonía. Hay todavía guerras y revoluciones por ellas.

Julio Verne se preocupó menos de la trascendencia de esas ideas que de la descripción del avance de la ciencia, de la premonición de los adelantos y el progreso científico que iban a desprenderse de su época. En ese sentido, Verne fue un profeta más exacto que Wells. Es una paradoja curiosa. Verne inició su vida a la manera clásica de los escritores intuitivos: emigrado de Nantes a París, se mezcló con la bohemia y se dedicó sin mucho éxito a escribir comedias y libretos de ópera, hasta que dio con el filón de la novela geográfica y científica. Wells, en cambio, se hizo en el rigor de Real Colegio de Ciencias. Y, sin embargo, las novelas de Wells son menos exactas científicamente, más artísticas, más imaginativas que las de Verne. Quizá la paradoja se explique porque Verne, profano, respetaba más los principios científicos mientras que Wells, científico, los trataba con mayor soltura.

La primera novela de Wells fue «La máquina del tiempo». Tenía

veintinueve años cuando la publicó, y había ya ejercitado su pluma en un breve libro científico que no dejó huella y en algunos artículos periodísticos que publicaba al mismo tiempo que ejercía una cátedra en el mismo colegio donde había estudiado. Para muchos críticos este primer libro de Wells es la mejor de sus novelas. Algunos han querido ver en las formas viscosas que aparecen en ella, rodeando de cuando en cuando a seres lípidos, lineales y felices un adelanto del surrealismo. Quizá el trozo de mayor significado del libro sea aquel en que tras la felicidad y la perfección de los habitantes de Arcadia estamos viendo ya su destrucción. Nosotros sabemos que van a ser devorados. Quizá Wells sabía intuir que aquella Gran Bretaña arcádica pintada por Disraeli, nutrida por los barcos que llegaban a los «docks» de Londres con todas las riquezas del mundo, tuviese ya el germen de la muerte. Su pintura, sin embargo, trasciende de una simple alusión a la época. En todas las obras de Wells, a partir de la primera, se refleja ya la preocupación del autor por el destino de la humanidad. El tiempo explorado es el pasado; es también el futuro. No puede decirse que esta «Time machine» sea una obra de evasión, ni el tér-



mino es claramente aplicable a las otras que surgen casi inmediatamente: «La isla del Dr. Moreau», «El hombre invisible», «Los primeros hombres en la Luna». Esta última (1901) se adelanta en, exactamente, sesenta años a otra obra de relativa ficción que lleva el mismo título, casi letra por letra, y que firma el doctor Werner von Braun, el especialista germano-americano Werner von Braun, que ha tenido un peso considerable en la conquista espacial. De esos li-

bro publicados en el momento en que el siglo cambiaba se obtiene un pensamiento general de Wells sobre el mundo. «Nadie habría creído en los últimos años del siglo XIX que los asuntos humanos eran seguidos atentamente y de cerca por inteligencias mayores que la del hombre y, sin embargo, tan mortíferas como la suya». Esta frase con que se inicia «La guerra de los mundos», además de introducirnos de una manera fascinante en el

SIGUE

Pienso que la etiqueta Selección Nylon de España, S. A. es como una joya.



Porque las prendas que la llevan son maravillosas
No es necesario hacerse unos pendientes con ellas,
pero tengo en cuenta que:

La etiqueta Selección Nylon de España S.A. tiene valor

Tiene valor porque me da la seguridad
de que la prenda que compro
es de calidad seleccionada.

H.G. WELLS

texto de la novela, puede ser una clave de la visión panorámica de la humanidad que tenía Wells: como si él fuese un habitante de otro mundo.

No es preciso investigar las obras de ficción de Wells para obtener las claves de su pensamiento. Es probable que su libro fundamental, aunque no sea el más popular entre nosotros —en el mundo anglosajón se contó su tirada por millones—, sea la «Breve historia del mundo». «Toda la existencia —decía en ese libro— es una concepción única, basada de extremo a extremo en una ley idéntica». Esa ley es prácticamente una dialéctica. «Desde hace millares de años, dos redes de fuerzas trabajan, una que tiende a separar al hombre en una muchedumbre de variedades locales, y otra que tiende a mezclar esas variedades de nuevo». «La historia de la humanidad es una historia de ideas», de forma que los accidentes históricos —guerras, epidemias, catástrofes— pueden causar desviaciones momentáneas de la civilización, que finalmente, vuelve al cauce marcado por las ideas y el pensamiento. «No se insiste suficientemente en el hecho de que el papel ha hecho posible el resurgimiento de Europa». «La historia humana se ha convertido en una carrera entre la educación y la catástrofe», a pesar de lo cual «el mundo progresa y progresará». Este optimismo de Wells fue poco a poco desapareciendo, a medida que los años se le echaban encima y que veía las catástrofes avecinarse. En 1938 pronunciaba una conferencia en Australia en la que decía que la humanidad ha llegado ya al punto de la perfección y que se dirigía ya, mediante una serie de desastres sucesivos, a la catástrofe final.

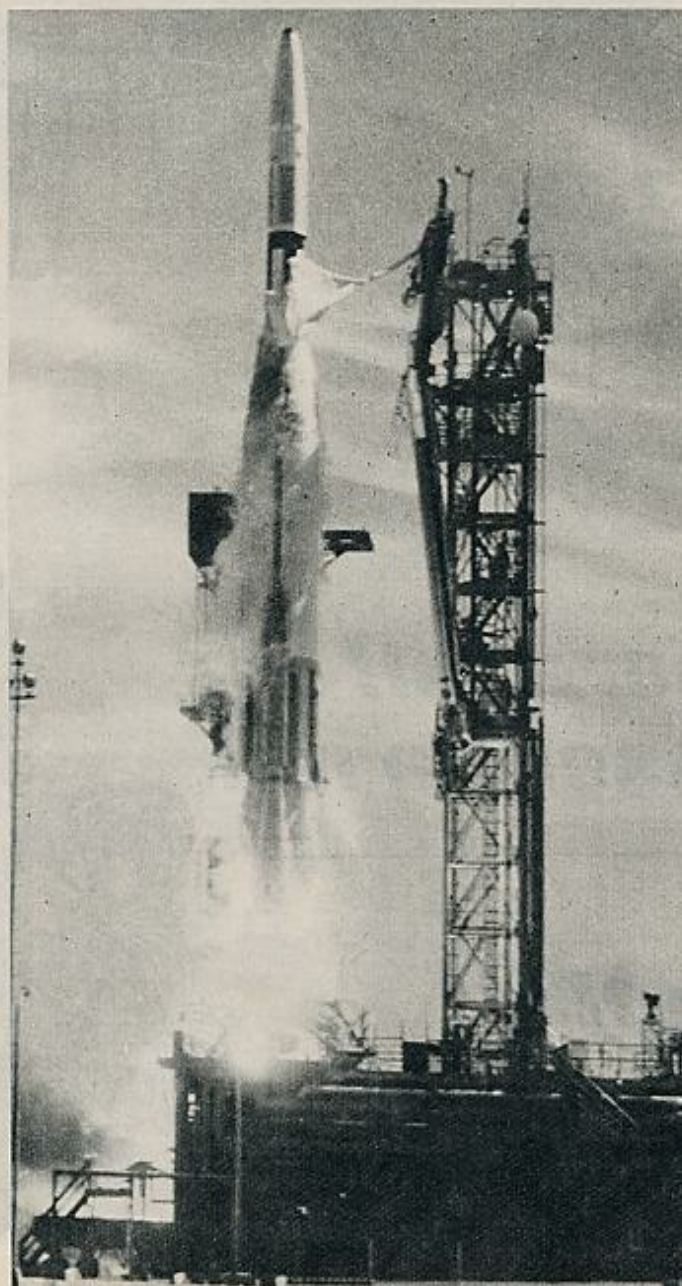
Era inevitable que Wells se sintiese atraído por la política activa. Su internacionalismo, su visión de la humanidad, su anhelo de progreso, su deseo de educación para el pueblo, su historicismo, le hicieron definirse pronto como socialista. El socialismo, en Gran Bretaña, estaba dividido en dos fuerzas que se miraban con cierta desconfianza entre sí. Una era la fuerza obrera, que comenzó a organizarse en sindicatos —las «trade unions»— para defender sus intereses de clase. La

otra era la de los intelectuales teóricos. Estos se agruparon en una sociedad, la Sociedad Fabiana, cuyo principal animador fue el paradójico Georges Bernard Shaw. Los fabianos tenían la idea de que el socialismo podía instalarse en el mundo mediante una evolución insensible, mediante la expansión de las ideas —que, según hemos visto, eran para Wells el motor de la historia—. Se basa en la «inevitabilidad de la gradación», y su nombre se debía a Fabio Máximo, el general romano que obtuvo sus victorias mediante una estrategia lenta y graduada de infiltración. Probablemente se debe a los fabianos la primera desviación del marxismo, y en Gran Bretaña causó una gran debilidad en las lu-

chas obreras. Del fabianismo surgió el partido laborista, que se apoyó en los sindicatos como fuerza electoral y política. La Sociedad Fabiana existe todavía, como un «club» intelectual del partido laborista. Pero las polémicas entre sus fundadores, sobre todo entre Shaw y Wells, fueron tales que el malhumorado y extremado Wells la abandonó. Nunca pudo sumarse a un movimiento político real. Su individualismo se lo impedía. Sus entrevistas con Lenin y con Stalin fueron más bien tormentosas. Sin embargo, hasta el mismo año 1946 en que murió —un mes antes de cumplir los ochenta años— siguió manteniendo una ideología de progresismo avanzado. En un número de la revista argelina fran-



La génesis del cohete se inicia en la imaginación de H. G. Wells y termina en la mesa de trabajo de Von Braun.



cesa «Fontaine», publicada ese año, escribía que hay dos hechos primordiales que la humanidad debe afrontar: «Primero: el sistema de propiedad según el cual un hombre puede poseer el suelo sobre el que vive otro hombre y obligarle así a obedecer sus órdenes es simplemente intolerable para la inteligencia naciente de nuestra raza. Segundo: pretender que hay clases inferiores y seres atrasados que por su propio bien necesitan ser guiados, explotados y convertirse, en mayoría, la presa de aquellos que les son superiores, es una idea contraria a la experiencia de nuestro tiempo».

El balance de Herbert George Wells a los cien años de su nacimiento es satisfactorio. No se limitó a ver la posibilidad de mal que llevaba en sí una época plebética de riquezas intelectuales y científicas, sino que en la medida de sus conocimientos y de su formación ayudó a luchar contra él. La enorme tirada de sus novelas de ficción —de ciencia-ficción, diríamos hoy— y aún de aquellas otras que, siendo menos populares —por más limitadas de conceptos— luchaban contra la hipocresía de la época victoriana, ayudaron a difundir en el mundo unas ideas, y a esclarecer muchas mentes. Fue fiel toda su vida a un mismo ideario, y si él creyó que la humanidad podría progresar únicamente por la difusión de las ideologías, contribuyó quizá más que nadie de su ámbito y de su época a la difusión de esas ideologías progresistas.